



Las facultades del año 2030

Tendrán menos alumnos y serán más selectivas ● Sufirán para retener a los mejores, estarán más conectadas con la empresas y la sociedad y comercializarán más I+D

IGNACIO ZAFRA

EL PAÍS pidió a los cinco rectores de las universidades públicas valencianas un ejercicio de imaginación: pensar en cómo serán sus centros dentro de otros 20 años. La cosa no se presentaba fácil, advirtió alguno, teniendo en cuenta que ni siquiera estaba seguro de recibir la siguiente mensualidad de la Generalitat. Pero hicieron el ejercicio y el resultado fue, como era previsible, variado. Aproximadamente así se imaginan las universidades a sí mismas en el año 2030.

Para empezar, el tamaño: Juan Juliá, rector de la Politécnica de Valencia, piensa que dentro de dos décadas las universidades públicas tendrán menos estudiantes que ahora. "Tendremos a modelos anglosajones en los que la excelencia va aparejada a universidades de dimensiones relativamente reducidas desde el punto de vista del número de alumnos". En paralelo, aumentará el personal universitario, "especialmente en el ámbito de la I+D", dados los nuevos objetivos que los gobernantes (y la sociedad) habrán encomendado a las universidades. "Será una universidad mucho más selectiva", sigue, "tanto en el ingreso de nuevos alumnos como en la contratación de su personal".

Esa tendencia a la selección no es incompatible con una de las advertencias que plantea Ignacio Jiménez Raneda, rector en Alicante: "Las universidades públicas tendremos problemas para reclutar y mantener a los mejores profesores e investigadores por las reducidas remuneraciones que podremos ofrecer frente a las atractivas ofertas que recibirán de universidades de otros países".

Más exigentes con los aspirantes a estudiar y trabajar en ellas. Con más problemas, a la vez, para retener a los mejores. Y, según Esteban Morcillo, rector de la Universitat de València, más diversas. Con un número creciente de alumnos Erasmus (tanto recibidos como enviados), un mayor peso de estudiantes que al mismo tiempo trabajan, y de los alumnos que llegan (o vuelven) a las aulas después de haber cumplido los 25. No será sencillo compatibilizar las políticas de excelencia con la equidad, agrega. "Pero si no tenemos la capacidad de incluir en nuestras aulas a estudiantes procedentes de distintos estratos y categorías sociales y de conducirlos a los mejores resultados, la calidad educativa no será tal".

Las facultades se enfrentarán al reto de la renovación y formación del Personal Docente Investigador, apunta Morcillo, debido a la edad media del profesorado, que ahora ya es alta, y a la necesaria implantación de nuevos procesos de enseñanza-aprendizaje. Unos nuevos méto-

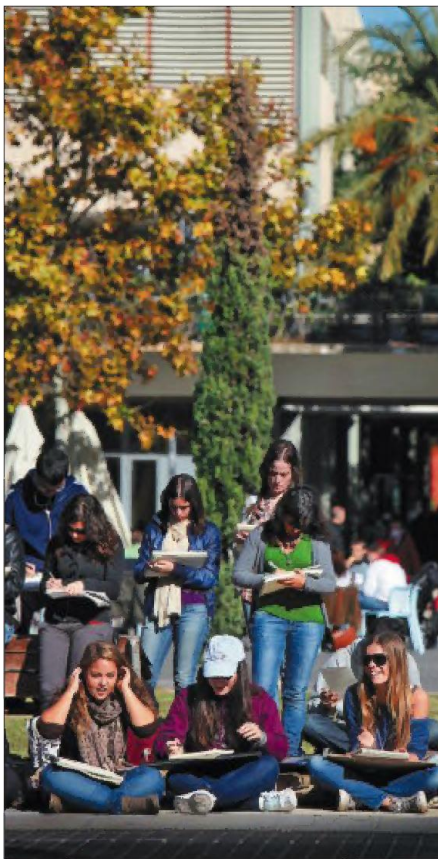
dos, ya descritos en el Proceso de Bolonia, que caminarán de la mano del despegue de las Tecnologías de la Información y la Comunicación en los campus, cree Jesús Rodríguez Marín, rector de la Miguel Hernández de Elche; "en gran medida, las universidades serán digitales, on-line".

En 2030 el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) y el espacio común de investigación serán una realidad y estarán dando sus frutos en materia de movilidad de alumnos, profesores y titulados-trabajadores, prevé Vicent Climent, rector de la Jaume I de Castellón. Los alumnos de grado provendrán, sobre todo, del ámbito local; y en los másteres, que será un segmento muy competitivo, habrá en cambio muchos extranjeros (Raneda). "El EEES y, lo que es mucho más ambicioso, una política global de la formación superior requerirán algunos años y se consolidarán tras ensayos, errores y rectificaciones. No hay otro camino", anticipa Morcillo.

Las universidades, pronostica Juliá, generarán más conocimiento y "harán especial hincapié en la valorización del mismo". O, dicho de una forma más directa, en su comercialización.

"Tenderemos a un modelo anglosajón", pronostica el rector de la Politécnica

"Si falta financiación, la sociedad sufrirá un lastre histórico", advierte Morcillo



Alumnas de la Politécnica de Valencia, a principios de mes. / MÓNICA TORRES

"Estarán más vinculadas con la sociedad y el mundo empresarial. Y será habitual ver proyectos de colaboración con los agentes sociales y el tejido productivo", añade. Los parques científicos estarán "bastante consolidados" y la creación de empresas de base tecnológica surgidas de las facultades "será una actividad habitual y valorada socialmente", cree Raneda. La mayor conexión con el mundo exterior se extenderá al ámbito de la formación a través del aprendizaje a lo largo de la vida, "que se verá incentivado mediante convenios de las universidades con empresas e instituciones" (Rodríguez Marín).

La gobernanza de las universidades habrá mejorado, calcula Raneda, "con una atribución bastante nítida de facultades ejecutivas al equipo rector, aunque sin disponer todavía de la agilidad de gestión de las privadas", que habrán visto crecer su calidad "aunque ésta seguirá estando bastante por debajo de las de las universidades públicas". Raneda cree también que la controversia sobre los fondos que sostienen a los centros académicos perdurará (tasas versus subvenciones). Y Rodríguez Marín va más lejos: la diversificación de fuentes de ingresos dará lugar a "universidades mixtas en cuanto a su financiación se refiere".

Provenza de donde provenga, el sistema universitario deberá contar de aquí hasta entonces con una financiación "suficiente y sostenible", remata Morcillo, "porque los recortes en educación generan costes sociales a corto, medio y largo plazo; sin una financiación adecuada será imposible alcanzar estas metas y supondrá un lastre histórico para la sociedad valenciana".

Esa maldita hora de clase

ANÁLISIS

Joaquín Azagra

Desde la Transición comparto a diario café y croissant con EL PAÍS. Una cercanía tal hace imposible rehusar la invitación a reflexionar sobre el futuro con motivo del cumpleaños de su cuadernillo de Comunidad Valenciana. El caso es que para mí el futuro pasa por Bolonia. Se trata, como saben los universitarios y desconocen las personas sensatas, de la adecuación de los estudios universitarios al espacio común europeo. Notable cómo ha ido cambiando de significado el llamado proceso de Bolonia. Inicialmente se trataba de homogeneizar los estudios de modo que los títulos fueran homologables a partir de la equivalencia de los cursos y su estructura en tres ciclos. No parecía tan difícil pues ya tuvimos diplomatura, licenciatura y doctorado, pero lo complicamos ensayando másteres y ampliando la agenda de cuestiones. Tanto que se convirtió en una ventana de oportunidades para debatir sobre la adecuación de las titulaciones a la realidad, so-

bre la empleabilidad de nuestros egresados, sobre el tamaño de las Universidades o sobre la calidad de su docencia. Este aspecto es de agradecer. Devolver el protagonismo a la enseñanza en estos tiempos de culto a la excelencia, es redescubrir una obviedad: que la función docente es tan importante como la investigadora.

No es baladí dicho redescubrimiento. Porque, digámoslo claro, dar clase no es algo que sirva gran cosa para la promoción del profesor universitario. Más aún, la penaliza. Y no me refiero a que no se valore el tiempo dedicado a preparar las clases, a atender las tutorías o a corregir exámenes. Va de suyo que es lógica obligación y si los alumnos acompañan, grata obligación. No, me refiero a que dar clase en el ámbito de la enseñanza superior supone estar al día en materias y asignaturas que no forman parte del quehacer diario y ello implica horas de estudio. Y lo que promociona al profesor no es eso sino su obra investigadora, sus publicaciones (aparte, claro, de su dedicación al endogámico mundillo académico, pero eso es harina de otro costal). La

buen docencia no es siquiera requisito.

En ese escenario, Bolonia viene a cuestionar la lección magistral y a demandar una enseñanza personalizada. Vale, recurriremos al *power point*, pasaremos lista y cruzaremos *e-mails* con los alumnos. Pero si no premiamos el tiempo de estudio y dedicación que ello comporta, la docencia no será mejor, especialmente en los cursos de grado que son cauce básico en la formación de capital humano para la sociedad y en la empleabilidad de los graduados. En los másteres y en el doctorado que el profesor sea buen investigador es un valor añadido, pero en los primeros cursos el complemento de las clases no es la investigación sino el estudio. Hoy no existe ningún incentivo para leer más allá, que es ya mucho, de lo que interesa a la investigación propia. Por eso y sin llegar a la distinción entre carrera docente y carrera investigadora, que quizás habría de considerarse, pienso que incentivar el estudio es condición necesaria para mejorar la docencia universitaria. A menos que optemos por dejarla entera a profesores asociados, cuyo interés y vocación es tan grande que dan clases rozando la gratuidad.

Joaquín Azagra es profesor de Economía en la Universitat de València.